

**Pautas y factores concomitantes en la formación
y la disolución de la pareja en España:
análisis longitudinal y patrones territoriales***

*Trends and associated factors in partnership formation
and dissolution in Spain: longitudinal analysis and
regional patterns*

Pau Miret Gamundi**

INTRODUCCIÓN

Desde mediados de los años setenta la nupcialidad en particular, y más en general la formación de la pareja, está sumida en una profunda crisis, de la que, de momento, bien parece que no consigue levantar cabeza. Ha habido otras crisis históricas, pero que se recuerde ninguna ha durado tanto, pues con la actual llevamos ya tres largas décadas. En este trabajo vamos a describir la magnitud de esta tendencia. A partir del panorama dibujado, construiremos un modelo con los factores asociados a la formación y disolución de la pareja en España, para arriesgarnos al final a efectuar un diagnóstico de qué puede esperarse a corto término.

* Este trabajo ha recibido ayuda para la realización de proyectos de investigación de I+D 2007 por parte del Ministerio de Educación y Ciencia para el estudio "Juventud, género e inmigración ante la inserción en el mercado laboral en España ¿Substitución o complementariedad? ¿Efecto edad o efecto cohorte?" (Referencia SEJ2007-67569). El autor es investigador dentro del programa "Ramón y Cajal" del Ministerio de Ciencia e Innovación, cofinanciado por el Fondo Social Europeo.

** Departamento de Geografía y *Centre d'Estudis Demogràfics*, Universitat Autònoma de Barcelona (pau.miret@uab.es)

Para ello, utilizaremos como fuente de datos principal la “Encuesta de Fecundidad, Familia y Valores”, llevada a cabo por el Centro de Investigaciones Sociológicas durante 2006, en que se entrevistaron a 9.737 mujeres representativas de la población femenina mayor de 16 años residente en España. Con todo, vamos a complementar la información extraída de esta Encuesta con otras dos fuentes de gran envergadura, a saber: principalmente la Encuesta Sociodemográfica de 1991 (con una muestra de 83.115 mujeres y 73.985 varones), y también, con los censos y padrones de población (realizados a lo largo del siglo xx, desde el que lo inaugurara en 1900 hasta el que lo cerrara en 2001).

El análisis será longitudinal, estudiando en particular el efecto que las circunstancias históricas han tenido en la pauta biográfica de cada cohorte, junto con el modelo seguido por las mismas con respecto al nivel de instrucción y a su relación con el mercado de trabajo.

El objetivo es comprobar, por medio de técnicas estadísticas de análisis de historia de los acontecimientos, tanto a nivel individual como territorial, qué teoría general de la evolución de la nupcialidad es la más pertinente: si la explicación parecen darla mejor las teorías homeostáticas (de adaptación a las circunstancias coyunturales de cada momento pero sin cambio de modelo cultural), las de tipo cíclico (que conciben la evolución como una sucesión de fases ascendentes y descendentes interconectadas entre si) o las del comportamiento estratégico o racional, ya sea a nivel de grupo social o a nivel individual.

TEORÍAS SOBRE LA NUPCIALIDAD

En general, la formación de la pareja parece ser un hito en la biografía personal de la inmensa mayoría de la población, una dimensión fundamental en la transición de la juventud al mundo adulto. Ya los clásicos en el análisis demográfico mostraron como la nupcialidad había respondido históricamente a la dinámica de los salarios reales (Wrigley y Schofield, 1981, pág. 369). En definitiva, en una investigación como la que ahora iniciamos debemos desvelar qué circunstancias hicieron que una determinada generación se viera conminada a adelantar o atrasar el momento de formar pareja, pero estamos condenados al más rotundo fracaso si pretendemos descubrir que un determinado grupo huyó del matrimonio (o, en su defecto, de la unión consensual) a causa de una revolución cultural que indicara una nueva etapa histórica. A título anecdótico quisiéramos señalar que incluso la primera estimación de la renta en España se hizo utilizando en su cálculo unos índices de nupcialidad, pues se creía que la gente se casaba más cuando el nivel de riqueza era elevado y,

por el contrario, se casaba menos cuando las circunstancias coyunturales eran adversas (así lo explica y critica Carreras, 1988).

Hay quien formula que tras esta evolución histórica se esconde una lógica cíclica que combina demografía y economía: una fase de riqueza lleva a la gente a casarse más y más pronto, lo que provoca una explosión de la natalidad, que conlleva a su vez una precariedad de recursos ante el exceso de población, lo que conduce a retrasar el matrimonio e incrementar la soltería, fase que deriva en un acusado descenso de la natalidad y la consiguiente abundancia de recursos ante la menor población, y así se vuelve a empezar (Easterlin, 1987). Un círculo vicioso. No obstante, en la introducción de Easterlin a un libro sobre la plasmación empírica de su teoría cíclica en EE.UU. se desdice y reniega de la misma (Carlson, 2008): lo que hizo afortunados a los componentes de las generaciones vacías norteamericanas no fue su escaso número, sino que vivieron su infancia y juventud en momentos de depresión económica, pero su entrada en la adultez estuvo coronada por un exultante desarrollo económico.

Finalmente, quisiéramos hacer mención de las explicaciones del comportamiento estratégico. En la evolución histórica se ha dado un proceso de individualización, es decir, se ha pasado de una estrategia social a una individual. El modelo social tenía que ver fundamentalmente con la regulación de la fecundidad, para lo cual se utilizaba a discreción una pauta de adelanto y retraso de la edad de entrada a la nupcialidad (lo cual no quería decir que no hubieran técnicas contraceptivas, pues la fecundidad podía tener lugar de manera planificada, pero siempre dentro del matrimonio). Los estudios empíricos sobre este proceso son muchos, y aquí sólo quisiéramos citar algunos clásicos: Clark (1949), Hajnal (1965), Blake (1969), Modell y Faistenberg (1978), Arango (1980), Wrigley y Schofield (1981) o Laslett (1988). De hecho, es evidente que a toda crisis de natalidad le ha precedido y acompañado una crisis de nupcialidad, y que toda explosión de nacimientos ha venido a la par con un espectacular incremento en las bodas y un rejuvenecimiento de los contrayentes.

Pero no es esta estrategia social la que buscamos en España, sino que el modelo nupcial que esperamos encontrar es un modelo de género relacionado con la nueva economía del hogar (Becker, 1981). Se trata de estimar los costes indirectos que conlleva el matrimonio o la cohabitación: ¿cuánto se deja de percibir monetariamente al formar una pareja? Según esta teoría, la respuesta estriba en analizar la relación entre formación de la pareja y nivel de instrucción, puesto que dedicarse a la vida familiar supone un mayor sacrificio económico cuanto mayor sea el capital humano de una persona. Debemos añadir a esta teoría una perspectiva de género: existen sociedades en que este "sacrificio" sólo involucra a un miembro de la pareja, al femenino.

LAS PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN E HIPÓTESIS INICIALES

El primer punto que pretendemos mostrar a continuación, basándonos en la evolución histórica de la nupcialidad, es que ninguna generación ha experimentado unos niveles de soltería destacadamente altos, aunque sí es cierto que la entrada al matrimonio ha adaptado su calendario a las condiciones de cada momento, aprovechando las circunstancias óptimas para adelantarlo (rejuveneciendo el calendario), y retrasándolo si las condiciones eran percibidas como desfavorables.

En segundo lugar, queremos comprobar si esta adaptación a las circunstancias del momento responde a la lógica cíclica. La hipótesis con la que trabajamos es que no hay suficiente evidencia empírica de que las generaciones más voluminosas hayan retrasado el momento de casarse, ni de que las siguientes generaciones –con muchos menos efectivos– lo adelantaran como consecuencia de su relativamente escaso número.

Además, otra hipótesis general que nos guía afirma que el modelo de género se ha mantenido en España a lo largo y ancho de la centuria que acabamos de abandonar y así continúa en la recién iniciada, pues hombres y mujeres han disfrutado y sufrido en sus pautas de nupcialidad de concomitantes específicos de género. En concreto, creemos que para los varones, el nivel de instrucción no ha influido para nada en sus pautas de desarrollo de la pareja, pues se han casado por igual quienes no estudiaron o abandonaron los estudios sin más al acabar la enseñanza obligatoria y quienes alcanzaron niveles de educación superior. Por el contrario, entre las mujeres, esta variable ha supuesto una auténtica falla insalvable en sus pautas (tanto antes como ahora), pues las de mayor grado educativo han formado pareja mucho más tarde y en menor medida. En consecuencia, la diferencia de intensidad en la formación de la pareja entre el pasado y el presente no estriba en el modelo de comportamiento seguido (que ha sido el mismo), sino en la estructura de la población, en el sentido de que ahora se forman menos parejas porque las mujeres alcanzan un nivel de instrucción incomparablemente mayor en relación con el pasado, y por lo tanto son muchas más las que siguen el modelo universitario de baja y retrasada nupcialidad.

Otra de nuestras hipótesis iniciales tiene que ver con la heterogeneidad regional, pues creemos que los patrones obtenidos para España presentan amplias diferencias territoriales.

Finalmente, nos sumergimos en el tema de la disolución de la unión, fundamentalmente por divorcio. Aquí nuestra hipótesis inicial se dirige a constatar el incremento en los divorcios entre las parejas en España, considerando

que los factores asociados con esta tendencia están relacionados con el tipo de pareja formada (unión consensual o matrimonio) y con el papel que se otorga al núcleo conyugal en etapas posteriores de la formación familiar, a saber, la fecundidad.

FUENTES DE DATOS Y DESCRIPCIÓN DE LAS PAUTAS DE FORMACIÓN DE LA PAREJA

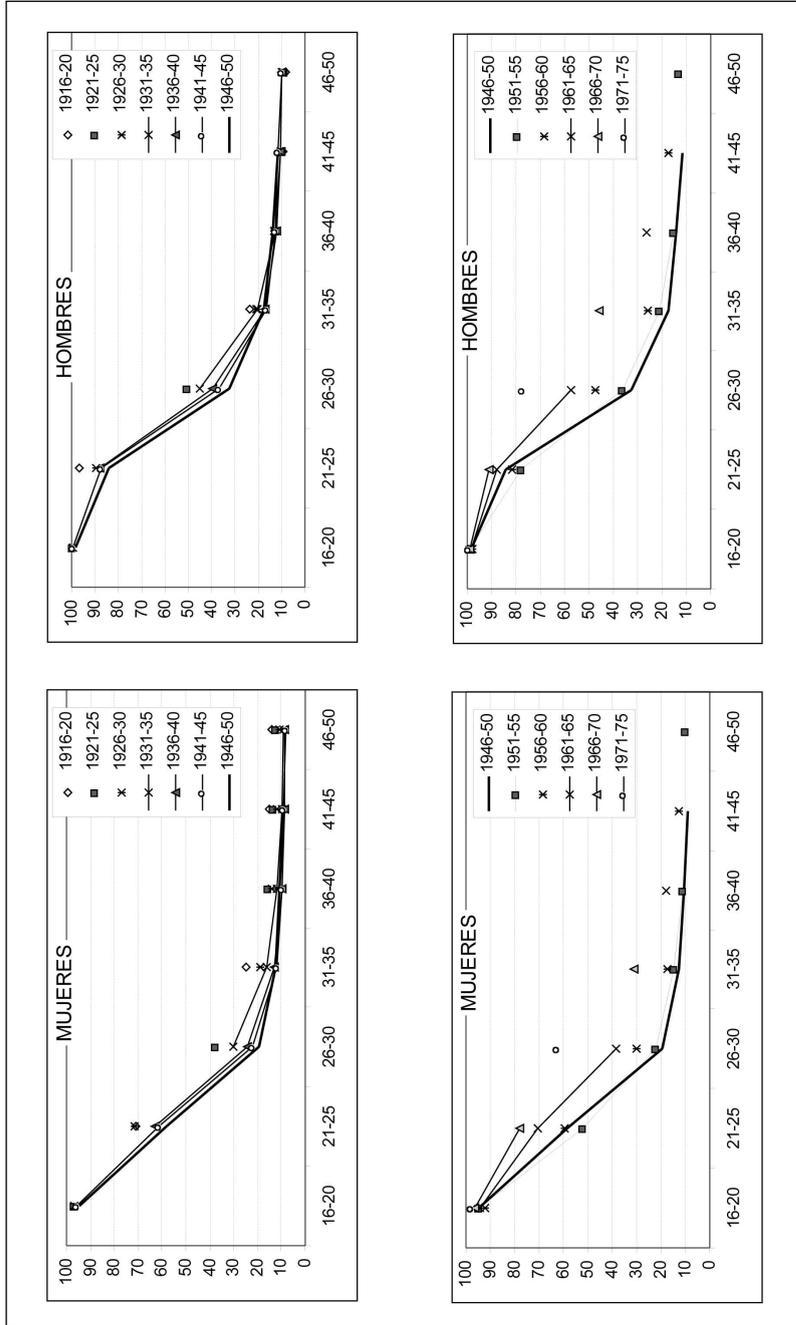
Censos y padrones de población

Los censos ofrecen una información transversal: en general, no preguntan sobre aspectos del pasado sino sobre las características del momento de referencia (con algunas excepciones, como el número de hijos habidos y su fecha de nacimiento –variables estas últimas que hemos perdido con el censo de 2001). Sin embargo, algunas variables retrotraen a ciertos aspectos del pretérito, como es el caso, por ejemplo, del estado civil. Ciertamente, el estado civil va dejando de tener validez como indicador de la formación de la pareja, pues en la actualidad parte de la población no contrae matrimonio e inicia una convivencia en pareja sin casarse (veremos en el último apartado la importancia de la unión consensual), pero entre las generaciones más antiguas podemos afirmar con gran seguridad que la población soltera nunca antes había formado una pareja.

El gráfico 1 representa las proporciones de soltería por edad y sexo según generación, y de él se infiere que hasta las cohortes nacidas en 1950 la población, independientemente del sexo, se casó con un calendario cada vez más temprano, de manera que puede estimarse que las generaciones 1946-50 formaron pareja como media a los 27,1 años ellos y a los 24,6 años ellas, siendo éstas las edades de entrada al matrimonio más jóvenes registradas en la historia española reciente (que podemos calcular con los censos y padrones de población). Además, comprobamos también que el celibato definitivo, quienes permanecían en soltería toda la vida, disminuyó levemente entre las mujeres (del 12 al 8%), pero se mantuvo estable en un 10% entre los varones, de lo que podemos inferir que, desde el punto de vista femenino, las mujeres pasaron de un mercado matrimonial ligeramente desfavorable (con exceso de mujeres) a uno ligeramente favorable (con exceso de hombres).

Pero entre las generaciones nacidas alrededor de 1950 tuvo lugar un evidente cambio de comportamiento, reflejado en la pauta de las cohortes nacidas en 1951-55: empezaron casándose con más ímpetu que sus predecesoras, pero acabaron haciéndolo en igual medida. Fueron éstas generaciones de tran-

GRÁFICO I
 PROPORCIÓN DE SOLTERÍA SEGÚN GRUPO DE EDAD Y SEXO, POR GENERACIONES, EN ESPAÑA,
 COHORTES 1916-20 A 1971-75



Fuente: elaboración a partir de los censos y padrones de población, desde el de 1900 al de 2001 (datos INE).

sición entre un modelo y el siguiente. Así, a los 21-25 años estaban en soltería en un 52% de las mujeres nacidas en 1951-55 y un 78% de los hombres de las mismas generaciones a la misma edad, una soltería 7 puntos porcentuales inferior a las nacidas cinco años antes, para ambos sexos. No obstante, cinco años después, con 26-30 años, la proporción de solteros era para las generaciones 1951-55 tres puntos porcentuales mayor que la de las cohortes 1946-50, rompiendo la prometedora tendencia que habían iniciado. Al final, sin embargo, unas y otras se casaron en proporción similar, es decir, entre las más jóvenes se produjo una recuperación de su nupcialidad, manteniéndose una soltería de alrededor del 10% para unas y otros. ¿Qué provocó esta rotura en la pauta de nupcialidad? No nos cabe duda de que fue provocada por las circunstancias coyunturales que encontraron las cohortes nacidas en 1951-55 entre los 25 y los 30 años, edades que cruzaron entre mediados de los setenta y mediados de los ochenta, los momentos más duros de la crisis económica que se padeció coincidiendo con la súbita subida en los precios del petróleo.

Finalmente, tal y como hemos comentado al principio, las nacidas en los años cincuenta, sesenta y setenta muestran con claridad un progresivo retraso en el calendario de la nupcialidad, aunque nada parece indicar que ello venga asociado a una caída en su intensidad final, ni tampoco todo lo contrario. Para ellas, estudiar sólo la nupcialidad ya no es suficiente, y debemos también analizar la cohabitación no marital.

La Encuesta Sociodemográfica de 1991

Si bien con los censos y padrones de población pudimos reconstruir las pautas de soltería basándonos en el estado civil, con las encuestas, además, podemos rehacer las pautas de formación y disolución de parejas utilizando como metodología el análisis de la historia de los acontecimientos (*event history analysis*¹). Como desventaja, estas encuestas ofrecen información retrospectiva y, en consecuencia, están algo contaminadas por la supervivencia diferencial según ciertas características y por la memoria de quienes amablemente contestan al cuestionario (dificultad, sin embargo, de la que no se estaba exento con los censos de población).

¹ Toda la metodología que se utiliza en este texto puede encontrarse explicada de manera precisa en Bolssfeld et al., 2007. Se trata de construir tablas de supervivencia en estado de soltería, analizando el evento de la formación de una primera pareja según edad y sexo, y considerando como información truncada la de los individuos que en el momento de la Encuesta nunca habían formado una unión de convivencia.

Un primer episodio en el historial de parejas es el de nunca haber convivido en unión, que se correspondería con el estado de soltería que se ha dibujado en el anterior apartado, pero ampliándolo a la pareja fuera del matrimonio. No estaremos tratando ahora con proporciones, como hicimos con anterioridad, sino con tasas de formación de la pareja, pues la información es dinámica (gráfico 2).

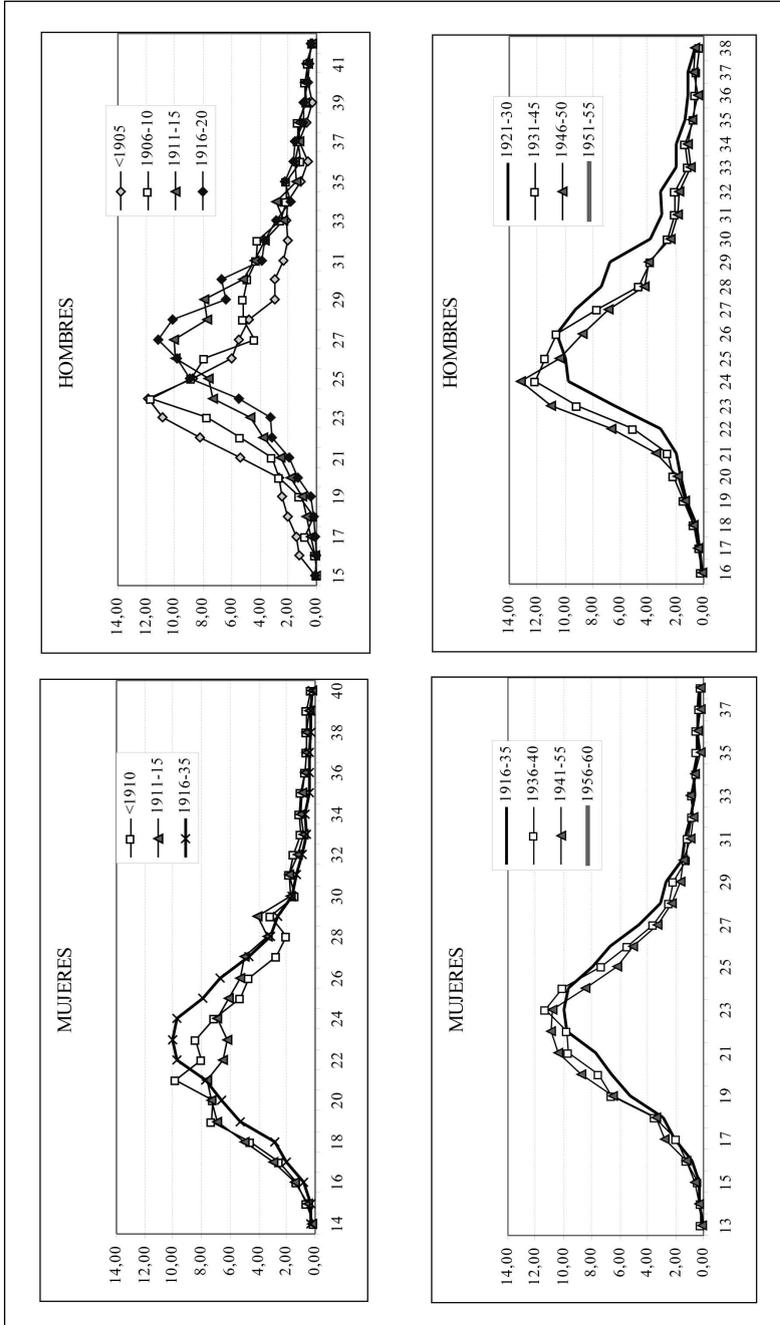
Para las generaciones más antiguas, los datos censales ofrecían una información muy parcial, cada diez años, por lo que no percibimos que éstas habían sufrido un proceso de retraso en la formación de la primera pareja. Así, la transición de entrar a convivir en pareja fue para las generaciones femeninas nacidas con anterioridad a 1936 cada vez más tardía, aunque la soltería definitiva fuera muy similar: así mientras que las mujeres nacidas durante el primer quinquenio del siglo xx formaron pareja en promedio a los 23,7 años, las nacidas en 1931-36 lo hicieron como media con 24,7 años, y mientras que la proporción de soltería definitiva de aquellas fue de un 12%, entre éstas fue del 11%. Para los varones, se partía de una edad media de 26,2 años y una soltería del 7,5%, y el retraso y caída en la intensidad se detuvieron para los nacidos a finales de la década de los veinte, para quienes la edad media de entrada al matrimonio fue de 27,8 años y la soltería definitiva del 9,6%.

Lo que se confirma con estos nuevos datos es que a partir de las cohortes femeninas nacidas tras la Guerra Civil y hasta las mujeres nacidas en 1960 se dio un proceso progresivo de adelanto en la edad de entrada al matrimonio, que culminó con estas últimas. Entre los hombres, al unirse por primera vez en promedio dos o tres años mayores que sus parejas, las generaciones que fueron adelantando progresivamente el momento de formar una unión son las nacidas entre 1931 y 1955. En principio, debemos convenir que se trató de generaciones menos numerosas que las anteriores, lo que apoya la hipótesis de Easterlin expuesta en el apartado teórico. Además, también fueron unas generaciones que vivieron su infancia en condiciones muy difíciles (en la etapa autárquica del franquismo), pero para las que su juventud y transición a la adultez transcurrió en un período de fuerte impulso económico. En concreto, como culminación de este proceso, las mujeres nacidas en 1956-60 y los hombres nacidos en 1951-55 gozaron de la edad de entrada al matrimonio más joven y de la menor soltería de todo el siglo xx: ellas se unieron en pareja por primera vez a los 22,9 años y permanecieron nunca unidas en un 9,2%, para ellos estos indicadores fueron respectivamente de 25,78 años y de un 11,9%.

Por desgracia, la Encuesta Sociodemográfica de 1991 no permite reconstruir estas pautas para las generaciones nacidas en la década de los setenta, pues eran demasiado jóvenes por aquel entonces.

GRÁFICO 2

TASAS DE FORMACIÓN DE LA PRIMERA UNIÓN SEGÚN GRUPO DE EDAD Y SEXO, POR GENERACIONES, ESPAÑA, SEGÚN GENERACIONES



Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991 (datos INE).

Para continuar con el análisis debemos fijarnos en la edad mínima y la edad máxima en la formación de la pareja, pues ello nos va a conducir a delimitar qué generaciones podemos incluir en un estudio más profundo del mismo. El umbral mínimo se define por la edad en que las tasas de formación de la pareja son claramente positivas, y el máximo por el que las mismas son cercanas a cero y empiezan a mostrar una tendencia paralela al eje horizontal. Así, comprobamos que el punto más joven se sitúa para todas las generaciones en los 15 años para las mujeres y en los 17 años para los hombres (con la excepción de las cohortes masculinas nacidas con anterioridad a 1905, que tenían unas tasas positivas a los 16 años). Por otro lado, el final, tal y como lo hemos definido, se encuentra en los 33 años en las mujeres y en los 35 en los hombres. En consecuencia, podemos analizar las pautas de formación de la primera pareja de las mujeres nacidas hasta el año 1958 (que tenían 33 años en 1991, cuando se hizo la ESD) y de los varones nacidos hasta el año 1956 (con 35 años en 1991), y mientras a las primeras las observaremos entre los 15 y los 33 años, a los segundos lo haremos entre los 17 y los 35 años: en ambos casos se trata de una análisis en tiempo discreto (edad a edad) de diez y nueve años en el curso de vida de las generaciones analizadas.

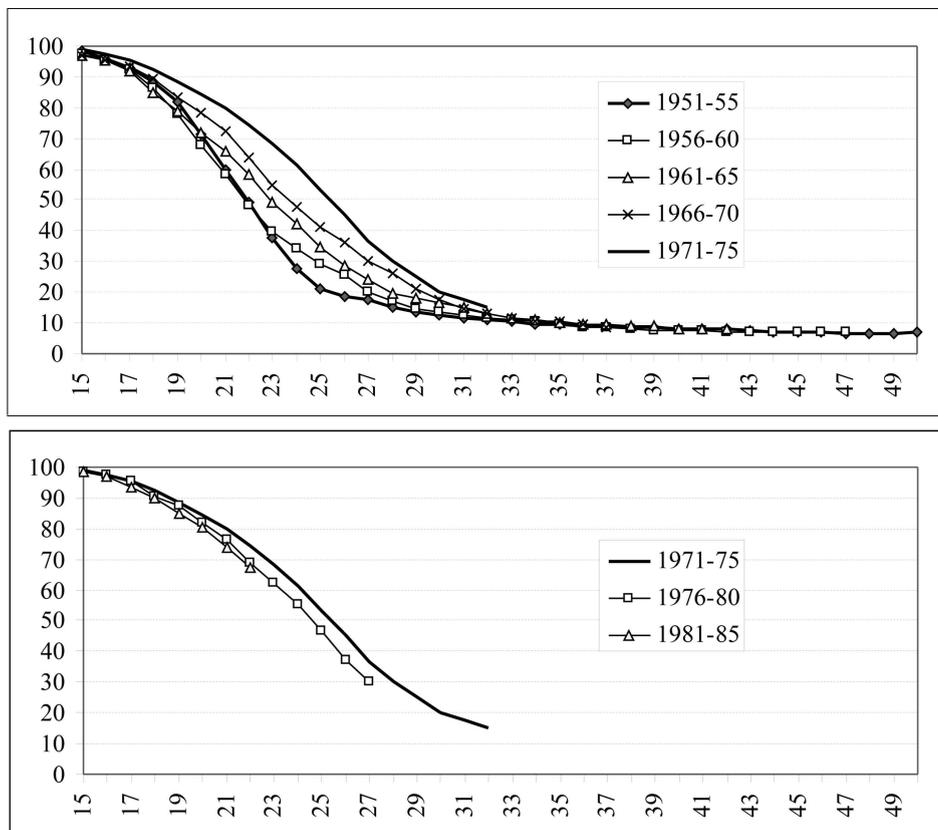
La Encuesta de Fecundidad, Familia y Valores de 2006

Dieciséis años más tarde a la ESD tuvo lugar el trabajo de campo de la Encuesta de Fecundidad, Familia y Valores de 2006 (EFFV). Sólo fueron entrevistadas mujeres, por lo que las pautas y modelos que con esta fuente de datos se construirán no podrán mostrar las diferencias de género. En el gráfico 3 presentamos la evolución de la formación de la pareja entre las mujeres nacidas desde la década de los cincuenta en adelante. De esta manera, aparecen ante nuestros ojos otros dos procesos que hasta ahora no habíamos podido observar: un primer proceso de retraso en el momento de formar la primera pareja, que termina con la pauta de las generaciones 1971-75, y un segundo en que se percibe una constitución de la primera unión cada vez más temprana, un proceso que no será posible investigar mucho más allá, pues las generaciones implicadas aún son demasiado jóvenes.

Lo que sí estamos en condiciones de mostrar es que entre las cohortes nacidas entre 1951 y 1975 la formación de la pareja se ha ido retrasado sin pausa, aunque quisiéramos remarcar –de nuevo– que su intensidad definitiva no ha sufrido merma alguna: tanto entre las nacidas a principios de los años cincuenta como entre las nacidas a mediados de los setenta, la proporción de

GRÁFICO 3

SERIE DE MUJERES NUNCA EN PAREJA POR EDAD (%) SEGÚN GENERACIONES



Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad, Familia y Valores de 2006.

mujeres que nunca han convivido en pareja es de alrededor de un 10%, un nivel muy similar al registrado históricamente. Por lo tanto debemos explicar qué provocó un cambio en el calendario, pero hay poco que comentar en relación a la intensidad longitudinal de la formación de una primera pareja (pues no varió substancialmente). En este sentido, podemos afirmar que la institución social de convivir en pareja no adolece de una crisis tan profunda como a veces se presenta: prácticamente la totalidad de las mujeres observadas han pasado por esta situación en algún momento de su biografía (otra cosa es la duración de esta convivencia, que estudiaremos más adelante). Además, todo

parece indicar que la transición desde nunca haber convivido en pareja a hacerlo por primera vez puede darse por cerrada a los 33 años (tal y como habíamos visto con la ESD), es decir, quien no ha formado una primera unión antes de este umbral de edad, muy difícilmente lo hará en un futuro: por ello, con la EFFV vamos a analizar las pautas *completas* de formación de una primera unión hasta la generación femenina nacida en 1973, que cumplió 33 años durante 2006. Para las más jóvenes, asumiremos que únicamente podemos ver a quienes formaron pareja más temprano.

Estos dos procesos (de atraso y adelanto de la formación de la pareja) que acabamos de desvelar se ajustan de manera precisa a la teoría de la relación entre el volumen demográfico de las generaciones y la formación de la pareja: mientras las cohortes nacidas entre finales de los cincuenta y mediados de los setenta fueron las más numerosas de la historia de España, a mediados de los setenta la natalidad se desplomó, con lo que las cohortes nacidas durante los ochenta y gran parte de los noventa han sido generaciones *vacías*. No obstante, hay otras circunstancias coyunturales que debemos mencionar: la primera tiene que ver con el contexto económico en que han vivido estas generaciones y la segunda con la aportación de la nueva inmigración en las cohortes más jóvenes. Sobre el primer aspecto, recordar que mientras las nacidas a finales de los cincuenta formaron pareja en momentos de fuerte crisis económica y destrucción de empleo, las nacidas a mediados de los setenta lo hicieron en la ahora denominada “década prodigiosa”, que en España se prolongó desde 1998 a 2007, y que ha estado caracterizada por una mejora significativa de la productividad y en el mercado de trabajo. Esto último ha corrido paralelo a un incremento substancial de la inmigración internacional, que muy bien ha podido conllevar la importación de modelos culturales de formación de pareja mucho más tempranos a la de los autóctonos contemporáneos.

Las generaciones 1956-60 se presentan –como lo han venido haciendo a lo largo de todo este apartado– como cohortes de transición entre la pauta de rejuvenecimiento y la de retraso en el calendario: hasta los 23 años de edad, las mujeres nacidas en este período presentaban una pauta de formación de la primera pareja incluso más temprana que las nacidas cinco años antes, pero a partir de entonces, y coincidiendo con los primeros años de la década de los ochenta (la época más feroz de la crisis económica del petróleo), la pauta se truncó y devino mucho más tardía. Nunca más habría de recuperarse hasta las nacidas a mediados de los setenta (gráfico 3)².

² Paralelamente, también fueron éstas las pautas observadas en la fecundidad: véase Miret, 2008.

RESULTADOS

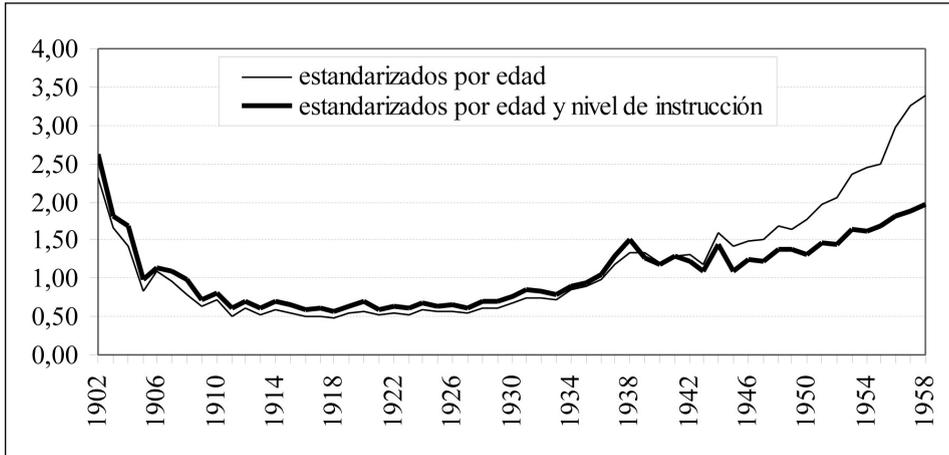
Nivel de instrucción y formación de la pareja

A continuación, nos proponemos aislar diversos componentes en la probabilidad de formar pareja, construyendo un modelo por separado para hombres y para mujeres. En primer lugar, se extraen el efecto neto de la edad y de la generación de pertenencia: este proceder conduce a unos indicadores estandarizados que presentan la estabilidad o el movimiento en el calendario de la formación de la primera pareja³. Si el indicador es igual a la unidad significa que el calendario es similar al estándar de todas las generaciones consideradas conjuntamente, si es superior supone un calendario más temprano y si es inferior uno más tardío. Asimismo, si el índice va aumentando supone que el calendario va rejuveneciendo y si se encuentra disminuyendo es que va retrasándose. Esta evolución queda clara y manifiesta tras los coeficientes estandarizados por edad (gráficos 4 y 5 para mujeres y hombres respectivamente). Esta metodología, de momento, no aporta gran cosa a la descripción que ya se ha realizado de las pautas por edad en la formación de la pareja, pero permite delimitar las tendencias hilando mucho más fino que hasta el momento (la línea fina de los gráficos representa estos coeficientes estandarizados por edad).

Entre las mujeres (gráfico 4), el indicador estandarizado por edad muestra que la formación de la pareja fue cada vez más tardía hasta estabilizarse para las cohortes de mujeres nacidas en el período 1910-1929, y a partir de las nacidas en los años treinta en adelante el momento de contraer matrimonio fue cada vez más temprano, con dos aceleraciones en la tendencia que protagonizaron las generaciones 1934-38 y 1944-58. Dos grupos de cohortes que se caracterizan precisamente por su bajo volumen demográfico, marcado por un contexto de crisis económica y Guerra Civil el primero, y por un régimen franquista encerrado en un subdesarrollo de autarquía económica el segundo. Además, todas estas generaciones sufrieron en su infancia y juventud de las duras condiciones de postguerra, pero durante su transición al mundo adulto gozaron del gran desarrollo económico de la época tecnocrática del franquismo.

³ La estandarización se ha realizado a través de la técnica de regresión de Cox en un modelo para la duración de permanecer sin pareja. Se han añadido las variables progresivamente, empezando por la cohorte de nacimiento y la edad en que se constituye la unión, para a continuación incluir el nivel de instrucción. No se presenta en modelo final, pues sería duplicar la información en tablas y gráficos.

GRÁFICO 4
 PROBABILIDAD DE FORMAR PAREJA SEGÚN GENERACIÓN
 (COEFICIENTES ESTANDARIZADOS), MUJERES NACIDAS ENTRE 1902 Y 1958,
 ENTRE LOS 15 Y LOS 33 AÑOS



Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.

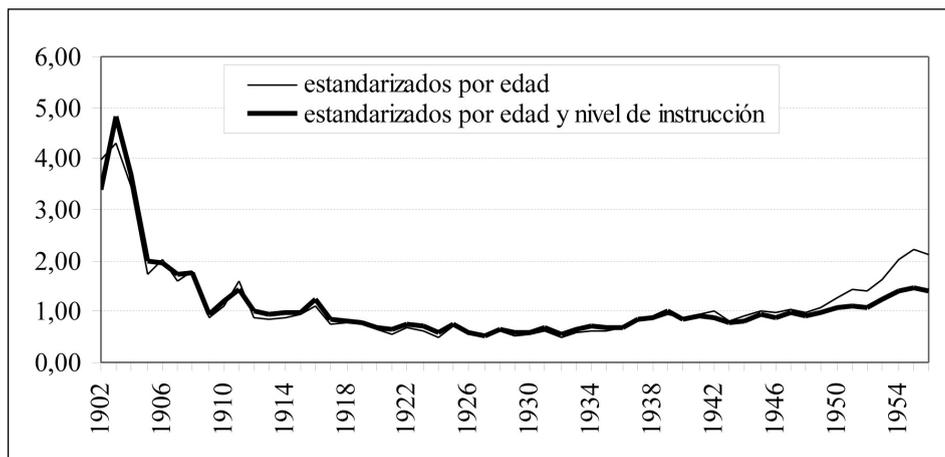
La evolución de la formación de la primera pareja entre los varones fue muy similar (línea fina en gráfico 5), por lo que inferimos que estuvo sometida a idénticas presiones contextuales. En efecto, se produjo un retraso en la entrada en unión para los nacidos con anterioridad a 1910, que continuó con menor fuerza para todos los nacidos en esta década, estabilizándose para las generaciones masculinas 1921-32, rejuveneciendo desde entonces también con dos fases destacadas, 1933-42 y, muy en especial, 1949-55.

Pero quisiéramos destilar también aquí la importancia que para estas generaciones tuvo el nivel de instrucción (por ello hemos planteado estos modelos estadísticos), para lo cual el modelo estandariza además de por edad también por grado educativo (véase el resultado de los coeficientes así estandarizados en línea gruesa en los gráficos 4 para las mujeres y 5 para los hombres)⁴. Las líneas apenas se distinguen hasta las cohortes de nacimiento femeninas 1944 y masculinas 1950, pero a partir de ella la estandarizada por

⁴ Mediante la técnica de la regresión de Cox hemos realizado un experimento estadístico: ¿Qué hubiera pasado si la estructura respecto al nivel de instrucción y/o el modelo que relaciona educación y formación de la pareja hubiese variado entre generaciones? ¿Habríamos observado la misma tendencia en el calendario en la formación de parejas?

GRÁFICO 5

PROBABILIDAD DE FORMAR PAREJA SEGÚN GENERACIÓN
(COEFICIENTES ESTANDARIZADOS), HOMBRES NACIDOS ENTRE 1902 Y 1956,
ENTRE LOS 17 Y LOS 35 AÑOS



Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.

edad y nivel de instrucción circula claramente por debajo de la estandarizada sólo por edad. Además, mientras que la distancia entre unos indicadores y otros es relativamente reducida entre los varones, se trata de una diferencia muy significativa entre las mujeres ¿Qué nos están contando estos indicadores? La respuesta que nos sugiere es que de no ser por la evolución en la estructura por nivel de instrucción y en el modelo que reguló la relación entre nivel de instrucción y formación de la pareja, por una parte, el rejuvenecimiento en el calendario hubiese sido mucho menor, casi imperceptible, muy en especial entre las mujeres y, por otra, que se hubiese producido mucho después en el tiempo histórico, afectando a las generaciones nacidas a mediados de los cincuenta y no a principios de esta década, como se ha observado.

En efecto, para las mujeres se comprueba que en el caso hipotético que el nivel de instrucción se hubiese mantenido sin grandes cambios, el extraordinario rejuvenecimiento en la formación de la pareja observado para las generaciones femeninas 1945-58 hubiera sido mucho menos rápido y acusado (gráfico 4). En otras palabras, si la educación se hubiese extendido masivamente entre las cohortes femeninas nacidas entre 1945 y 1958 (como estaba a punto de producirse, pero aún no había tenido lugar), el modelo conductual

entre ellas hubiese dificultado sobremanera el adelanto en el calendario de la formación de la pareja, con lo cual hubiesen llegado solteras en mayor cantidad relativa a mediados de los setenta, cuando la crisis económica del petróleo truncó las pautas de formación de parejas. Pero no fue así, y la población femenina llegó a esta difícil coyuntura económica con las menores proporciones de solteras conocidas históricamente.

De la misma forma debemos interpretar la relación con el nivel de instrucción y la formación de la pareja entre los hombres (gráfico 5): el adelanto en el calendario en la entrada en unión para las cohortes masculinas nacidas en el primer quinquenio de los cincuenta hubiese sido sensiblemente menor si el modelo y la estructura respecto al grado educativo de los varones no se hubiese mantenido inmutable. Pero, ¿de qué modelo de comportamiento estamos hablando?

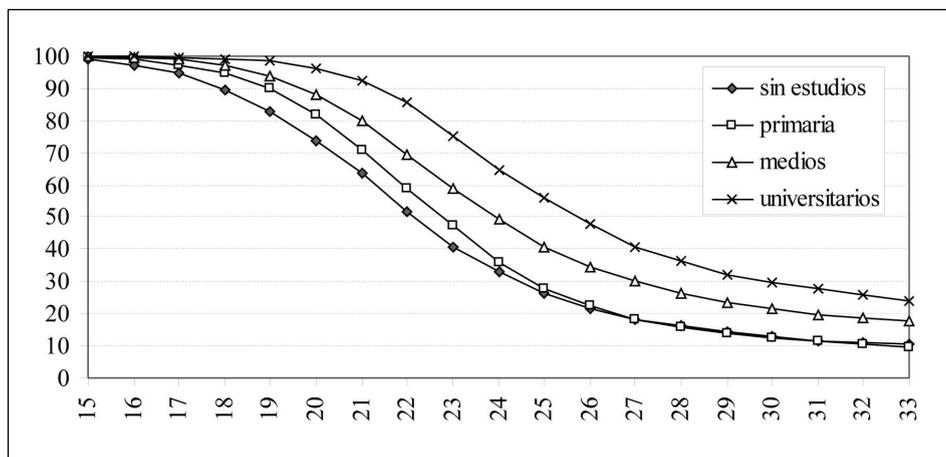
En definitiva, la estructura según nivel de instrucción y el modelo en la formación de la pareja favoreció el adelanto en el calendario, en especial entre las mujeres.

Para mostrarlo empíricamente ofrecemos en el gráfico 6 la pauta de formación de pareja de las mujeres en función del grado educativo para las generaciones 1945-58. Esta representación no deja lugar a dudas sobre el modelo vigente. Si comparamos a aquellas que no alcanzaron un nivel de estudios primarios y a quienes sí lo hicieron, comprobamos que la formación de la pareja fue algo más tardía para las segundas, aunque la intensidad final fue la misma (un 10% nunca formaron una unión). Sin embargo, más allá de la educación primaria, se cumplía una férrea ley: entre las mujeres nacidas en 1945-58, a mayor nivel de instrucción, más tardía y menos intensa formación de la pareja. En concreto, entre las generaciones femeninas 1945-58, un 18% (casi 1 de cada 5) de las que alcanzaron estudios medios y un 23% (casi 1 de cada 4) de las que llegaron a estudios universitarios nunca convivieron en pareja. En conclusión, en el adelanto del calendario para estas generaciones, que ayudó a que en el momento de la crisis económica hubieran formado pareja en una alta proporción, fue fundamental que un 72% de ellas tuvieran estudios de primaria como máximo (casi 3 de cada 4), un 18% de secundaria y sólo un 10% estudios universitarios. Si hubiese sido en sentido inverso, con el modelo en curso, una gran proporción de las mujeres se hubiesen presentado solteras a la crisis económica que se avecinaba.

Sin embargo, no llegamos a discernir si se trata de una relación de causa-efecto y en qué sentido, o de una pura asociación entre variables: ¿Fue que las mujeres con una educación media o superior siguieron una estrategia alejada de la formación de la pareja (pues ésta no podía sino dificultar sobrema-

GRÁFICO 6

SERIE DE MUJERES NUNCA EN PAREJA POR EDAD (%)
SEGÚN NIVEL DE INSTRUCCIÓN, GENERACIONES 1945-58



Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.

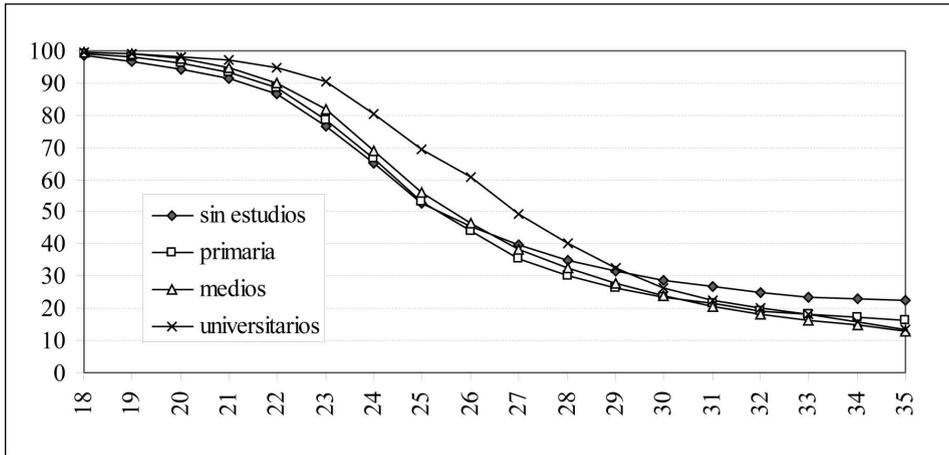
nera su carrera laboral), más alejada cuanto mayor era su nivel de instrucción? Lo que apoyaría la hipótesis económica del mayor coste de oportunidad de formar una familia entre las más instruidas. O más bien ¿fue que aquellas menos propensas o que no consiguieron formar pareja –por la razón que fuera– invirtieron más en educación y accedieron a continuación en mayor medida y en mejores condiciones al mercado de trabajo? ¿O cabe plantear que otra variable espuria que desconocemos hizo que unas mujeres con unas características culturales determinadas estuvieran más vinculadas al ámbito de la formación y el trabajo que al área familiar y consiguieran seguir las pautas de conducta que sus valores les marcaban?

Fuera por lo que fuere, la biografía de las mujeres en España estaba a punto de cambiar radicalmente con respecto al nivel de instrucción y en la relación con la actividad laboral (Garrido, 1992), con lo que si se mantenía este modelo era de prever que la formación de la pareja quedaría dañada. Y el modelo se mantuvo, tal y como ahora veremos.

El modelo de género salta a la vista al comparar el modelo femenino con el masculino (gráfico 7). En primer lugar, entre los varones que accedían a un nivel educativo inferior al universitario, un mayor nivel de instrucción suponía un calendario ligeramente más tardío, pero con una intensidad final

GRÁFICO 7

SERIE DE VARONES NUNCA EN PAREJA POR EDAD (%)
SEGÚN NIVEL DE INSTRUCCIÓN, GENERACIONES 1949-56



Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.

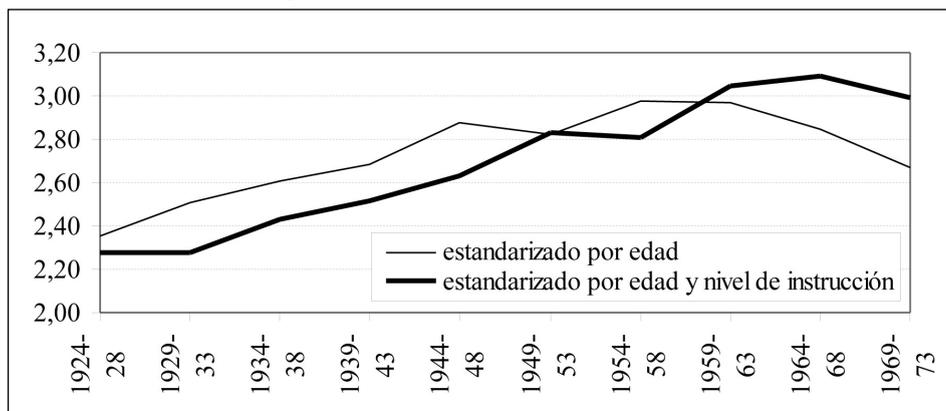
algo mayor. En contraste, tener estudios universitarios –ciertamente– suponía formar pareja en promedio un año más tarde que sus coetáneos con menor nivel de instrucción, pero no en menor proporción que éstos, pues la intensidad final era similar. En definitiva, el índice estandarizado menor al controlar por el nivel de instrucción entre los varones señalaba que la formación de una primera pareja en caso hubiese sido más tardía pero no de menor intensidad si el grado educativo se hubiese incrementado de manera significativa.

En conclusión, el modelo de género en la relación entre educación y constitución de la primera unión se manifestaba en que mientras que la instrucción sólo afectaba al calendario de entrada en pareja en los varones, entre las mujeres suponía un calendario más tardío y una menor intensidad. Y este modelo y una estructura educativa con un bajo nivel de instrucción favorecieron que las generaciones nacidas con anterioridad a la explosión de nacimientos de los sesenta presentaran la formación de la parejas más temprana e intensa de la reciente historia en España. ¿Podemos afirmar que la caída en la intensidad y retraso en el calendario de la pareja protagonizado por las generaciones nacidas en los sesenta se debió al incremento en su nivel educativo y al cambio en este modelo que hemos presentado?

Aplicando idéntica metodología, calculamos el índice estandarizado por edad en la probabilidad de formar pareja de las mujeres según generaciones a los datos de la EFFV-2006 (gráfico 8). El tamaño muestral obliga a considerar las cohortes en su agrupación quinquenal (por ello, las hemos agrupado desde las nacidas en 1924-28 hasta las de 1969-73; estas últimas cumplieron 33 años en 2006). El resultado del coeficiente estandarizado por edad (línea fina en el gráfico 8) conduce a la conclusión que el calendario fue adelantándose desde las primeras cohortes observadas hasta las de finales de los cincuenta, se mantuvo bastante estable hasta las nacidas a principios de los sesenta, y a partir de las mismas el calendario empezó a retrasarse. Esto ya había sido advertido en la descripción de las pautas, pero ahora interesa descubrir si hubo cambios en el modelo que relaciona nivel de instrucción y formación de la pareja, en especial en la fase de retraso, pues la de adelanto la acabamos de analizar en profundidad. Los resultados en este sentido son concluyentes (gráfico 8): el adelanto en el calendario se mantuvo en un contexto en que el nivel de instrucción fue favorable a la formación de nuevas parejas (tal y como ya habíamos comprobado), pero de no haberse producido la considerable extensión del nivel educativo entre las mujeres nacidas en los años sesenta que se produjo, el rejuvenecimiento en la constitución de uniones se hubiese prolongado mucho más en el tiempo histórico (la tendencia se hubiese mantenido hasta las nacidas a finales de los

GRÁFICO 8

PROBABILIDAD DE FORMAR PAREJA SEGÚN GRUPOS QUINQUENALES DE GENERACIONES (COEFICIENTES ESTANDARIZADOS), MUJERES NACIDAS ENTRE 1924 Y 1973



Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad, Familia y Valores de 2006.

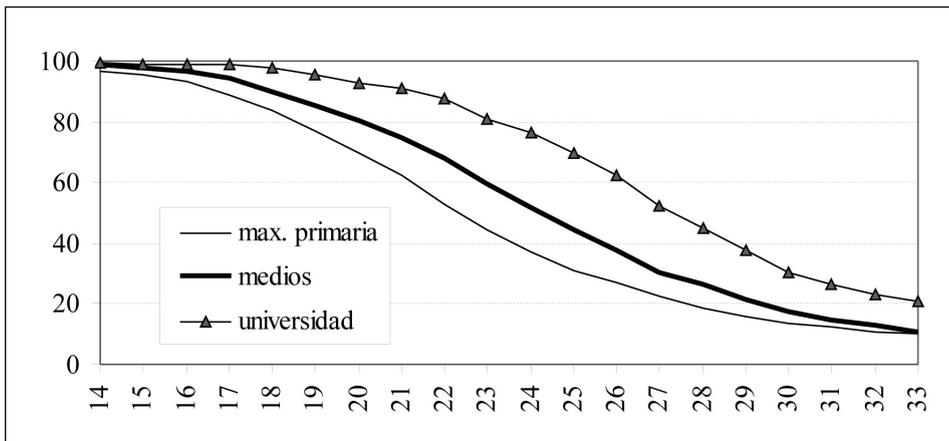
sesenta), y la tardanza en formar pareja de las generaciones nacidas a principios de los años sesenta hubiese sido mucho menos contundente de lo que fue.

Son de sobra conocidos los cambios en la estructura educativa de las mujeres componentes de las generaciones más jóvenes, pero ¿hubo un cambio paralelo en el patrón conductual? El modelo que relaciona nivel de instrucción y formación de la pareja para las generaciones femeninas 1964-73 exhibe muy pocas diferencias con el expuesto para las cohortes anteriores (gráfico 9), puesto que se comprueba en general que a mayor nivel de instrucción, formación de la pareja más tardía, afectando en caso de alcanzar los estudios universitarios también a la intensidad final, que es más reducida. En concreto, la entrada en pareja fue dos años más tardía entre aquellas que tenían estudios medios en relación con quien tenía como máximo estudios primarios, pero la proporción de las que a los 33 años nunca habían convivido en pareja coincidía en un 10% para ambos grupos: calendario más tardío, con idéntica intensidad final. Por el contrario, alcanzar estudios universitarios suponía un calendario tres años más tardío a las que tenían estudios medios y, por ende, la proporción de mujeres universitarias que nunca habían formado una pareja a los 33 años era el doble, de un 20%.

Un modelo que se aplicaba –como ya se ha comentado– a una estructura educativa que había variado substancialmente en relación a las generaciones

GRÁFICO 9

SERIE DE MUJERES NUNCA EN PAREJA POR EDAD (%)
SEGÚN NIVEL DE INSTRUCCIÓN, GENERACIONES 1964-73



Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad, Familia y Valores de 2006.

precedentes. Así, entre las nacidas en 1964-73, un 39% de las mujeres tenían como máximo estudios primarios, un 37% estudios medios y un 24% estudios universitarios. En definitiva, en una estructura donde 1 de cada 4 mujeres tenía estudios universitarios, 1 de cada 5 universitarias a los 33 años no sabían qué era convivir en pareja.

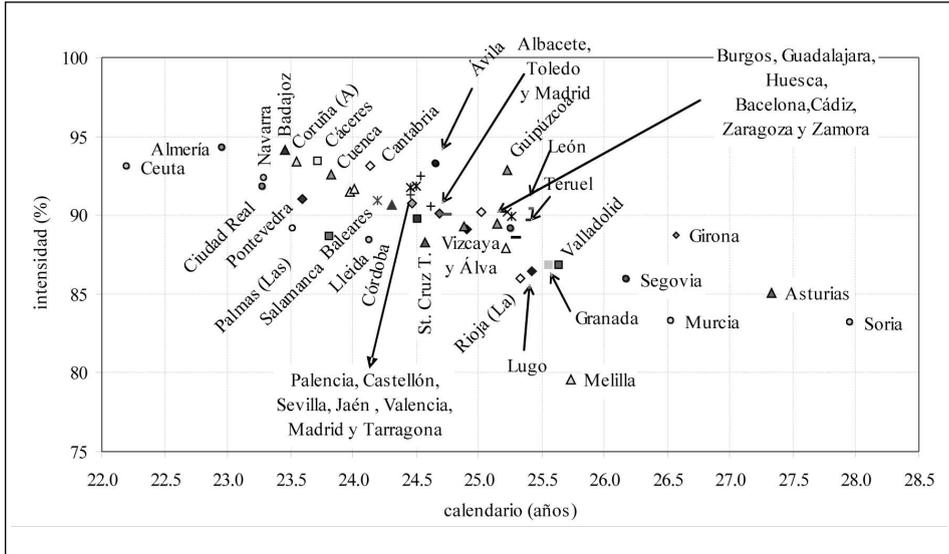
Geografía de la formación de la pareja: apuntes sobre el mercado matrimonial

Nuestro siguiente paso busca cumplir una de las promesas iniciales: establecer un mapa de la formación de la pareja a nivel provincial. Vamos a analizar este fenómeno con la ESD, pues ésta permite la escala administrativa de provincia, y lo haremos para las generaciones que protagonizaron el substancial adelanto en el calendario que observamos en el apartado descriptivo. Ello supone agrupar a los individuos observados en su provincia de residencia cuando el individuo observado tenía 15 años de edad (se trata, pues, de una variable que no cambia con el tiempo). Así, calculamos en cada provincia y sexo la edad media a la primera unión y el porcentaje de alguna vez unidos en pareja a los 35 años de edad para las generaciones nacidas entre 1945 y 1956 (ambas incluidas). El gráfico 10 presenta los resultados para las mujeres y el gráfico 11 para los hombres. Con ellos se pone en evidencia que la formación de uniones a escala provincial se distribuye para ambos sexos en un continuo desde aquellas en donde estas generaciones se unieron de manera más temprana y en mayor medida, hasta aquellas en que lo hicieron más tardíamente y en menor medida. No obstante, el orden en que se presentan estos indicadores no es el mismo según el sexo al que nos refiramos, de lo que puede inferirse que los desequilibrios territoriales en el mercado matrimonial provocaron que donde había falta relativa de varones (o exceso relativo de mujeres) aquellos se casen más y más pronto que éstas y, complementariamente, donde había falta relativa de mujeres (o exceso relativo de hombres) fueran aquellas las que se casan en mayor medida y más temprano.

En la descripción de estas pautas vamos a ofrecer unos ejemplos para los patrones que se observan en estos gráficos, aunque a nivel explicativo no podremos ser demasiado generosos (tan sólo lanzar algunas hipótesis especulativas). El primer patrón señala un emparejamiento temprano e intenso para las mujeres, pero todo lo contrario para los varones, un modelo matrimonial del que se infiere un fuerte desequilibrio provocado por la falta de mujeres: Navarra y Lérida son las provincias paradigmáticas con estas características; una situación

GRÁFICO 10

CRUCE A ESCALA PROVINCIAL DE LA PROPORCIÓN DE ALGUNA VEZ EN PAREJA Y LA EDAD MEDIA DE ENTRADA EN PAREJA, GENERACIONES 1945-56, MUJERES



Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.

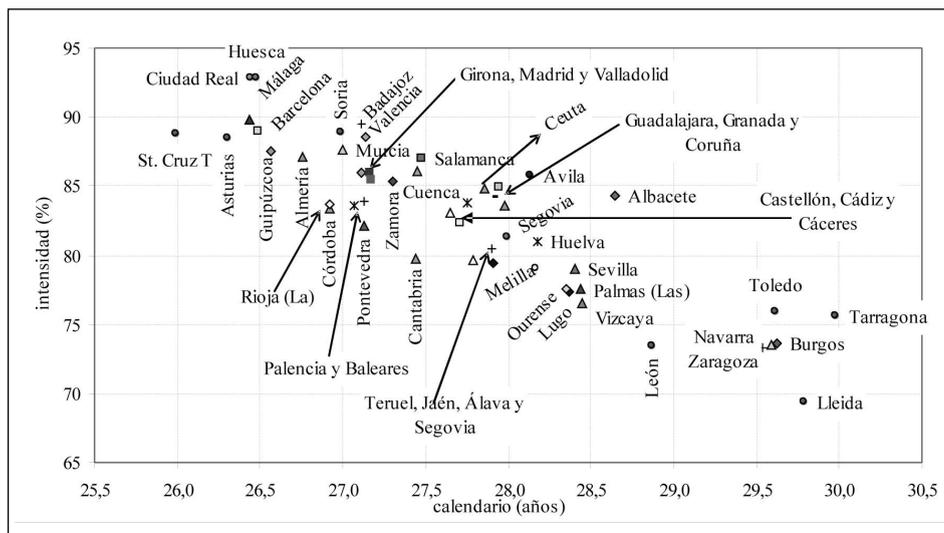
que comparten, aunque en menor medida, León, Burgos, Toledo, Zaragoza y Tarragona. También en este grupo, aunque con un patrón no tan extremado encontramos a las provincias de la Coruña, Orense, Vizcaya, Cáceres, Albacete, Sevilla, Ceuta, y Las Palmas.

En el polo opuesto, con una falta relativa de varones que condujo a un alto emparejamiento por parte de éstos, pero, de manera complementaria, tardío y pobre entre las mujeres tenemos a Asturias y Soria (también, aunque algo menor, a Girona y Murcia).

Curiosamente las cuatro provincias más paradigmáticas en este desequilibrio (Navarra, Lérida, con falta de mujeres, y Asturias y Soria, con falta de hombres) tienen un componente rural muy importante que probablemente causó una fuerte emigración, pero mientras que en las dos primeras el desequilibrio fue provocado por una emigración fundamentalmente femenina, en las dos segundas lo fue por una emigración básicamente masculina (pero en ambos casos la formación de la pareja se vio tensionada como consecuencia del componente emigratorio).

GRÁFICO 11

CRUCE A ESCALA PROVINCIAL DE LA PROPORCIÓN DE ALGUNA VEZ EN PAREJA Y LA EDAD MEDIA DE ENTRADA EN PAREJA, GENERACIONES 1945-56, HOMBRES



Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.

No obstante, no en todas las provincias existieron este tipo de desequilibrios, pues en algunas de ellas formaron pareja pronto y mucho, tanto hombres como mujeres: fue el caso paradigmático de las provincias de Almería, Ciudad Real y Guipúzcoa (y, con una nupcialidad algo menor en los varones, Baleares, Badajoz, Pontevedra, Alicante, Cuenca y Salamanca; y algo menor entre las mujeres, en Santa Cruz de Tenerife, Huesca, Málaga y Barcelona). También hubo otras en que la formación de parejas fue moderada para ambos sexos, como es el caso de Castellón, Cádiz, Teruel, Jaén, Álava, Guadalajara, Ávila y Huelva (con una algo mayor nupcialidad femenina), también en Córdoba, Palencia, Valencia, Madrid, Zamora y Cantabria (aquí con una nupcialidad moderada para ambos sexos), y en La Rioja y Valladolid (donde destacaba algo la nupcialidad en los varones). Finalmente, destacamos el patrón de Segovia, Melilla, Granada y Lugo donde tanto hombres como mujeres se casaron relativamente poco y con una pauta muy tardía.

El análisis y explicación de estos patrones territoriales ocuparía por sí mismo la totalidad de este artículo, por lo que no vamos a ir más allá de esta mera descripción.

La duración de la pareja

Analizar la duración de la pareja supone una mayor complejidad metodológica de la hasta ahora precisada, pues se trata de modelos con múltiples episodios (pues se pueden haber formado diversas parejas a lo largo de la vida) y con diversos destinos (dos en nuestro caso, pues una pareja puede acabar con la muerte del cónyuge –disolución por viudedad– o con la separación de la unión). A continuación, nos disponemos a estudiar la duración de la pareja, cualquiera que sea el orden de la misma, por lo que aquellas personas nunca en pareja ya no formarán parte de la población muestral (algo más de un 30% de la muestra de la ESD-1991 y un 20% de la EFFV-2006).

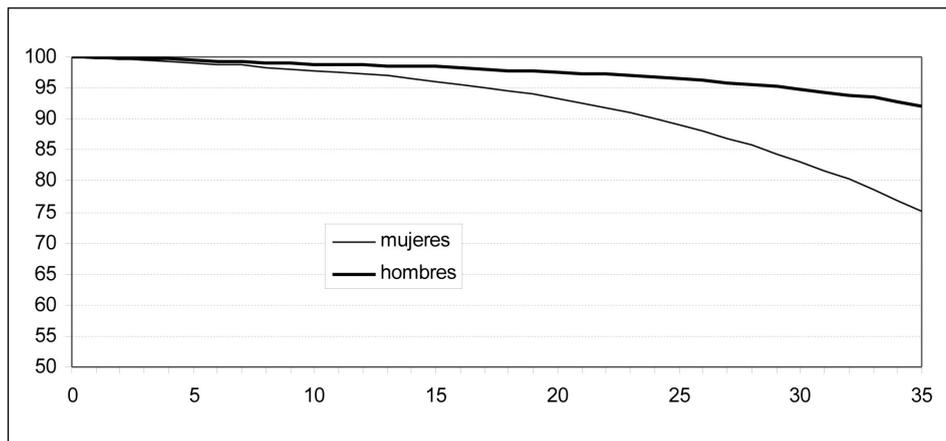
Así, con la ESD de 1991 este procedimiento conduce a la observación de 108.629 primeras parejas (un 98% del total de las uniones observadas), de las cuales un 85% continuaban conviviendo en la fecha de observación, un 12% se habían disuelto tras la muerte del cónyuge y un 3% se habían roto por separación o divorcio de sus miembros. La práctica totalidad del 2% de las parejas formadas con un orden superior a 1 son de segundo grado (un total de 1600 segundas uniones aparecen en la ESD), y sólo 40 uniones son de tercer o cuarto grado. Si agrupamos a las de segundo grado u orden superior, se observa que continúan conviviendo en un 78%, habiendo finalizado por viudedad en un 15% y por separación en un 7%.

En este apartado en lugar de distinguir a cada quien según su generación, vamos a tener en cuenta la cohorte de unión, es decir, las parejas se presentan en función del año en que se formaron. También aquí la supervivencia afecta a la información, pues la probabilidad de quien se casó más joven de haber sobrevivido hasta la realización de la encuesta es superior a quien lo hizo con mayor edad. Para salvar este inconveniente, tras contrastar los indicadores de la ESD con los construidos con el Movimiento Natural de la Población (sobre número de matrimonios y su edad media), hemos constatado que las primeras cohortes cuyos datos presentan suficiente fiabilidad con la ESD son las que se constituyeron a partir de 1950. De esta manera, creamos tablas de duración de la pareja por sexo y cohorte de unión según el tipo de finalización de la misma (por defunción del cónyuge o por separación), considerando como información trunca la de las parejas que aún están conviviendo en 1991.

La disolución de la pareja por viudedad según cohorte de formación de la pareja apenas ofrece variación, apreciándose una muy ligera mayor supervivencia de las uniones cuanto más tarde se crearon, a causa –lógicamente– del incremento en la longevidad de la población. No vale la pena distinguir por cohortes, y así en el gráfico 12 sólo representamos la distribución de supervi-

GRÁFICO 12

SERIE DE SUPERVIVENCIA EN PAREJA PREVIAS A LA VIUEDAD SEGÚN SEXO, COHORTES DE UNIÓN 1950-54

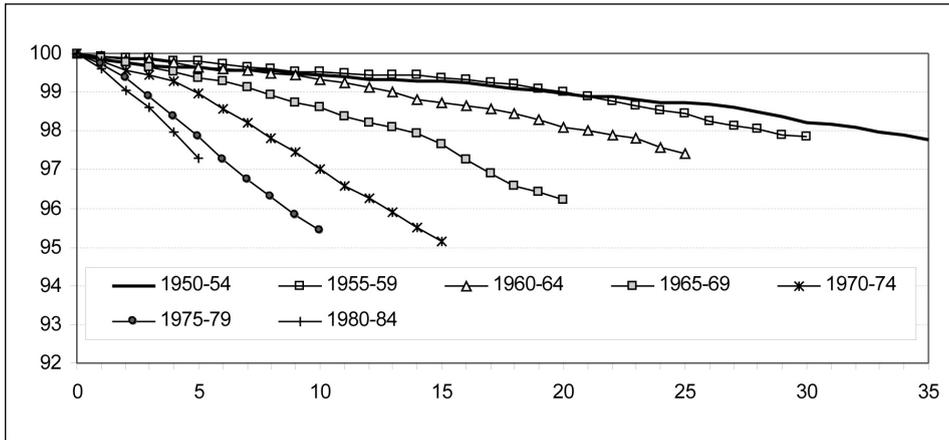


Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.

encia según sexo de la cohorte más antigua ahora analizada, quienes se unieron en 1950-54: si sólo consideramos la viudedad (neutralizando el efecto de la disolución por separación de la pareja), podemos estimar que este luctuoso suceso provocó que un 27% de las mujeres y un 9% de los varones que se unieron en el primer quinquenio de la década de los cincuenta ya no estuvieran conviviendo en pareja en 1991 a causa de la defunción de su cónyuge, y no llegaron a cumplir los 35 años de casados o unidos (un porcentaje tres veces mayor entre las mujeres, a causa de la menor esperanza de vida de los varones). Podemos comprobar, además, que de sólo existir esta causa en la rotura de las parejas, un 89% de las mujeres y un 95% de los hombres hubiesen celebrado sus bodas de plata (25 años de casados).

El caso del divorcio es muy distinto, pues su presencia se ha hecho más insidiosa cuando más joven es una cohorte. En el gráfico 13 representamos la supervivencia de las uniones previas a su separación según cohorte de unión para los varones (el gráfico para las mujeres es muy similar, por lo que no lo mostramos). Debemos recordar que la ley del divorcio es de 1981 (momento, por otra parte, en que la práctica totalidad de las uniones eran matrimonios). No vamos a entrar en mayor profundidad en el análisis del divorcio con la ESD, pues este tema se ha estudiado brillantemente con esta fuente de datos en el trabajo de Houle et al. (1999) y a él nos remitimos.

GRÁFICO 13

SERIE DE SUPERVIVENCIA EN PAREJA PREVIAS A UN DIVORCIO,
COHORTES DE UNIÓN 1950-54 A 1980-84, HOMBRES

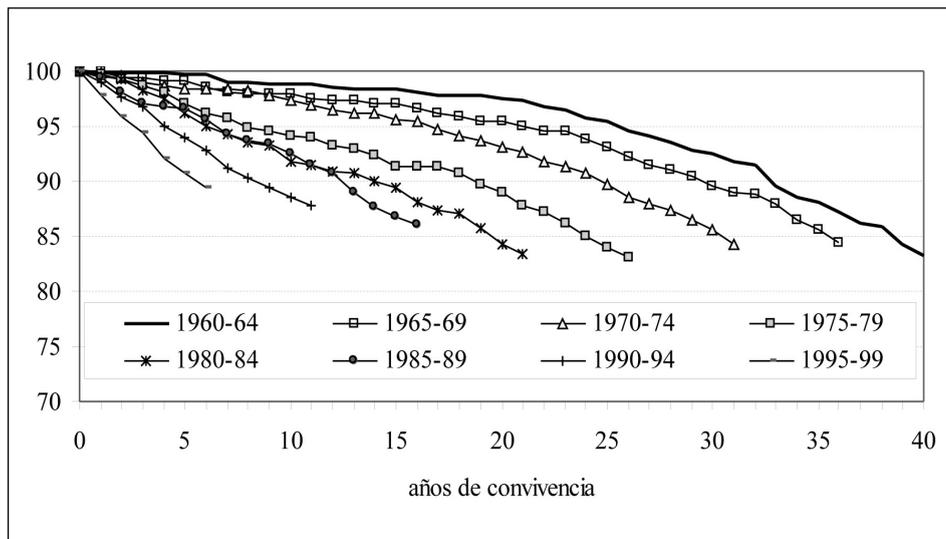
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.

Pero sí vamos a analizar ampliamente este fenómeno con la EFFV de 2006, con el objetivo de descubrir qué ha ocurrido entre las generaciones más jóvenes. Con esta Encuesta ganamos en sensibilidad temporal, pues se recoge no sólo el año sino también el mes en que se han producido los fenómenos que se desea analizar, en nuestro caso, la duración de la pareja. Ello va a permitir situar cada unión en un continuo biográfico personal.

En definitiva, el fenómeno que nos proponemos ahora es la disolución de las parejas únicamente por separación o divorcio. La unidad de observación son las parejas que han formado a lo largo de su vida estas mujeres: disponemos de 8227 parejas correspondientes a 7649 mujeres, de las cuales un 75% son primeras uniones que continúan conviviendo, un 18% son primeras uniones que ya se han disuelto, un 5% segundas uniones que se mantienen y un 1% segundas uniones finalizadas (entre la primera y la segunda unión se encuentran, pues, el 99% de los eventos observados), y así sucesivamente podríamos describir la base de datos formada por parejas.

El momento de inicio de la observación será la fecha de la constitución de cada unión y el momento final la fecha de disolución de la misma por cese de la convivencia. En consecuencia, constituyen información truncada las parejas que o bien en el momento de la entrevista se mantenían unidas, o bien que no se hubiesen disuelto por separación o divorcio sino por defunción del

GRÁFICO 14

SERIE DE SUPERVIVENCIA EN PAREJA PREVIAS A UN DIVORCIO,
COHORTES DE UNIÓN 1960-64 A 1995-99, MUJERES

Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad, Familia y Valores de 2006.

otro miembro de la pareja. Así, disponemos de 7263 parejas con información truncada (o que no se han disuelto o lo han hecho por viudedad) y de 741 separaciones.

La variable dependiente es la duración de la unión medida en meses transcurridos desde el inicio de la unión, observando a las mujeres alguna vez unidas desde la formación de cada pareja hasta su disolución por separación o divorcio, o hasta el momento de la entrevista si continúan unidas o hasta el momento de su viudedad si la unión terminó con la defunción de la pareja; estos dos últimos casos –como ya se ha especificado– son tratados como información truncada.

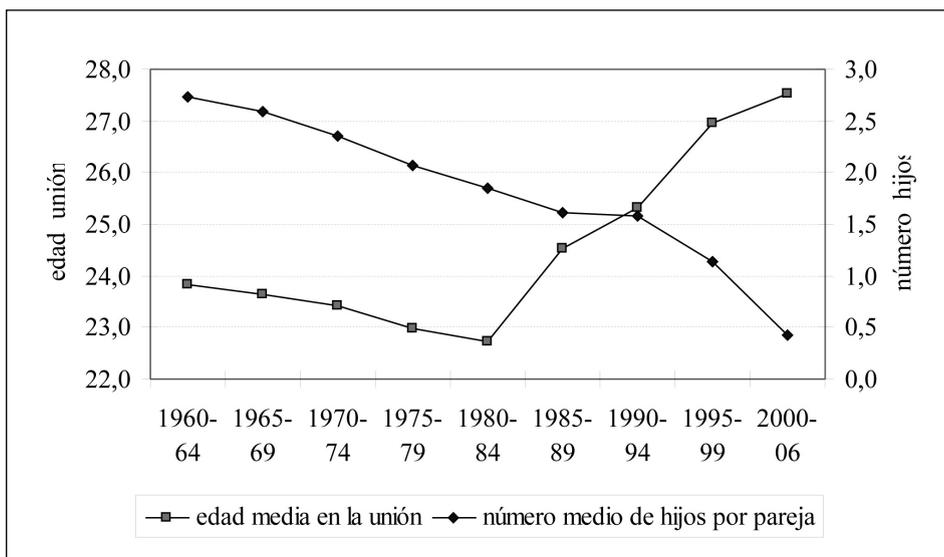
Al comparar la información de las que ya disponíamos con la ESD y la que ahora obtenemos con la EFFV comprobamos que la primera cohorte de unión cuyas pautas de separación se corresponden con las que ahora tenemos es la de las parejas constituidas en 1960. En este contexto, representamos en los gráficos 15 y 16 la descripción de la estructura en las diferentes variables que se van a incluir en el modelo para las cohortes de unión observadas, desde las unidas en 1960-64 hasta las unidas en 2000-2006). Finalmente, en la tabla 1

presentamos el modelo de la probabilidad relativa de la rotura de la unión según estas variables independientes, las cuales serán presentadas en los siguientes tres gráficos, del 17 al 19.

En primer lugar, comprobamos que la edad en el momento de la unión rejuveneció entre 1960 y 1984 (en este período temporal la edad media a la unión de las mujeres pasó de 23,8 a 22,7 años), pero que a partir de entonces el calendario no ha dejado de retrasarse, hasta llegar a los 27,5 años para las mujeres que formaron pareja en 2000-06 (gráfico 15).

GRÁFICO 15

EDAD MEDIA A LA UNIÓN Y NÚMERO MEDIO DE HIJOS POR PAREJA EN 2006, SEGÚN COHORTE DE UNIÓN

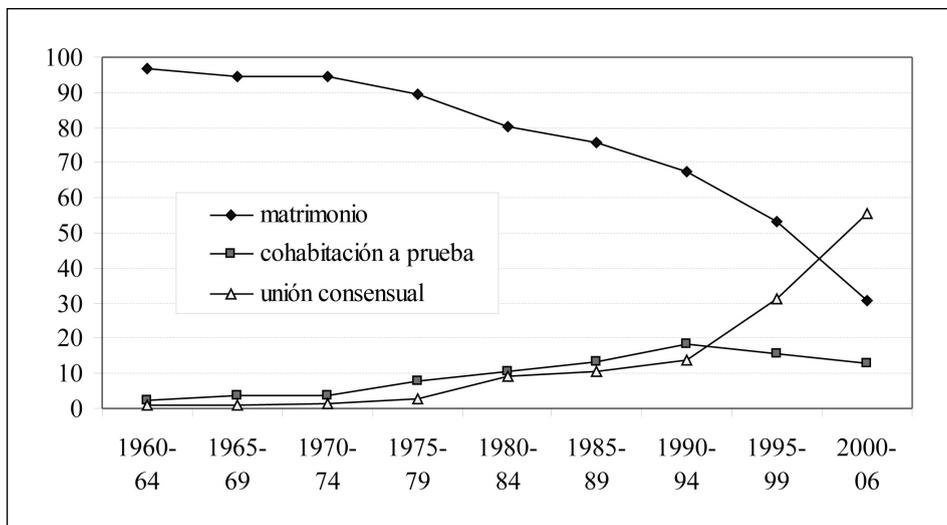


Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad, Familia y Valores de 2006.

Por lo que respecta al tipo de unión, la presencia del matrimonio entre las nuevas parejas no ha dejado de disminuir en el tiempo, pues mientras que en el primer quinquenio de los sesenta el 97% de las uniones se formaron a través del matrimonio, entre las parejas constituidas en el primer quinquenio del siglo XXI el matrimonio alcanzaba sólo a un tercio de esta cantidad, en concreto, a un 31% (gráfico 16). Además, podemos concluir que: 1) hasta los

GRÁFICO 16

TIPO DE UNIÓN SOBRE EL TOTAL DE PAREJAS SEGÚN COHORTE DE UNIÓN



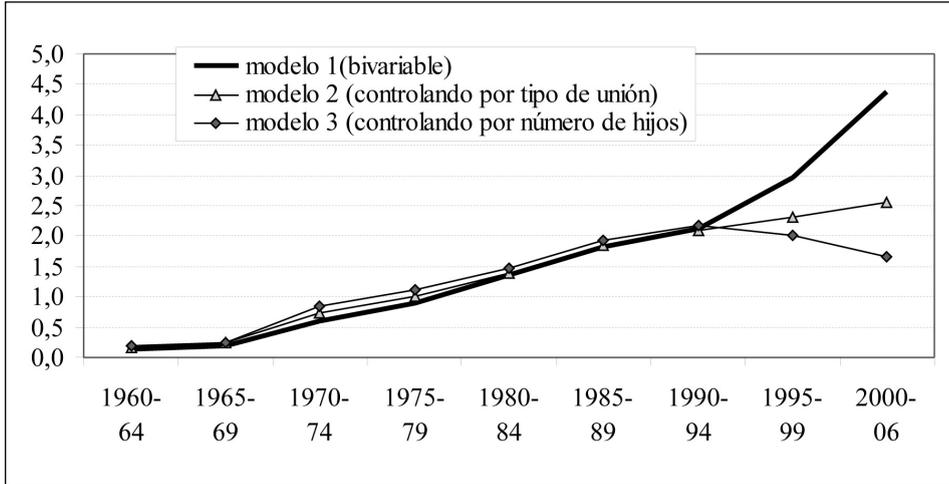
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad, Familia y Valores de 2006.

años ochenta el matrimonio sobrevinía a la cohabitación no marital tarde o temprano (por lo que podemos afirmar que la unión consensual era en su inmensa mayoría un “matrimonio a prueba”⁵); 2) alrededor de un 10% de las uniones que se formaron durante el período 1980-95 constituyeron una unión consensual a lo largo de todo el recorrido recogido hasta el momento de observación pero; 3) a partir de las cohortes formadas este último año, puede hablarse de una auténtica explosión de la cohabitación, hasta el punto de que a principios del siglo XXI la unión consensual duradera ha superado a la suma del matrimonio y el matrimonio a prueba (con un 56%).

El gráfico 17 muestra cómo cambia el efecto de la cohorte de unión al ir introduciendo progresivamente las variables independientes del tipo de unión y el número de hijos. Este gráfico debe interpretarse de manera contrafáctica. El modelo 1 muestra la probabilidad de separarse cuando sólo consideramos la cohorte de unión como variable explicativa, es decir, únicamente tenemos en

⁵ Definimos como “matrimonio a prueba” a toda aquella unión que empieza como unión de hecho pero cuyos miembros contraen matrimonio tras un tiempo en cohabitación fuera del matrimonio.

GRÁFICO 17
 PROBABILIDAD RELATIVA DE SEPARARSE SEGÚN COHORTE DE UNIÓN,
 MUJERES



Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad, Familia y Valores de 2006.

cuenta en qué momento formaron pareja. El modelo 2 representa qué hubiese ocurrido si la estructura y el modelo en relación al tipo de unión se hubiesen mantenido a lo largo del tiempo, y no hubiésemos presenciado la explosión de la cohabitación que se dio a partir de las cohortes de unión de la década de los noventa. Finalmente, el modelo 3 presenta qué hubiese pasado si la fecundidad de la pareja se hubiese mantenido constante, con el mismo número de hijos tras la formación de la pareja.

Así, comenzamos por preguntarnos ¿cuál es la probabilidad de ruptura de la pareja en función de la promoción de la unión? Si tomamos un coeficiente estándar 1 como la pauta general de todas las promociones en conjunto (gráfico 17, modelo 1), comprobamos lo reducidas que fueron las tasas de divorcio para quienes se unieron en los sesenta, cómo empezaron a incrementarse, aunque débilmente, para las unidas en los sesenta, y aún más para las cohortes de los ochenta y primer quinquenio de los noventa, para dar un gran salto cualitativo con las parejas formadas entre 1995-99 y aún más dramático para las que se unieron en 2000-06. De hecho, la probabilidad de separarse se duplicó para las uniones formadas entre 1975 y 1994 (un período de veinte años), y volvió a duplicarse en los 10 años siguientes ¿Qué factores se asocian a esta explosión de separaciones y divorcios? Vamos a analizar tres de estas

posibles variables: la edad de la unión, el tipo de unión (cohabitación o matrimonio) y el número de hijos en el seno de la misma (en la tabla 1 mostramos el modelo con todas las covariantes a la vez).

TABLA 1

COEFICIENTES Y TASAS DE EXPOSICIÓN DE LA SEPARACIÓN O DIVORCIO DE LA PAREJA SEGÚN COHORTE DE UNIÓN, EDAD, TIPO DE UNIÓN, NÚMERO DE HIJOS DE LA PAREJA Y NIVEL DE INSTRUCCIÓN

		coeficiente	Tasa exposición	sig.
COHORTE	1960-64	-1,43	0,24	***
	1965-69	-1,26	0,28	***
	1970-74	-0,09	0,91	
	1975-79	0,17	1,18	
	1980-84	0,37	1,44	***
	1985-89	0,58	1,79	***
	1990-94	0,69	2,00	***
	1995-99	0,59	1,81	***
	2000-06	0,37	1,45	**
EDAD	edad simple	-0,04		***
	edad cuadrática	0,00		
TIPO UNION	matrimonio	0,08	1,46	
	unión consensual	0,86	1,00	***
	a prueba	0,38	4,09	
NÚMERO HIJOS	0	1,41	0,68	***
	1	0,57	0,75	***
	2	-0,39	0,72	**
	3	-0,28	0,68	
	4	-0,32	0,59	
	5	-0,38	0,92	
	6	-0,53	1,00	
	7 o más	-0,08	0,63	
NIVEL INSTRUCCIÓN	sin estudios	-0,46	1,25	**
	primarios	-0,18	1,08	
	medios	0,22	1,00	
	universitarios	0,08	1,00	

Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad, Familia y Valores de 2006.

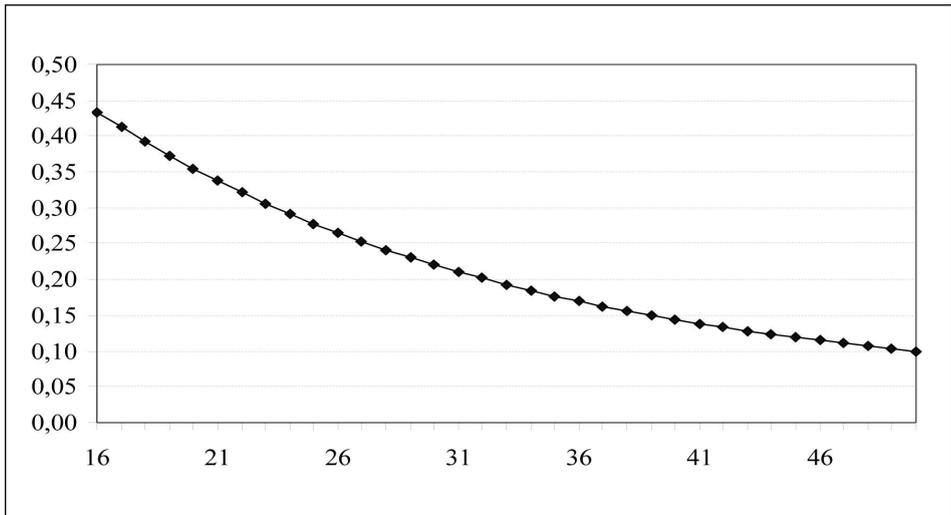
Nota: "****" $p < 0,01$; "***" $p < 0,05$; "**" $p < 0,10$.

En un segundo paso en la construcción del modelo deberíamos haber presentado los cambios en el efecto de la cohorte de unión cuando se les une la edad en la formación de la pareja. Sin embargo, al combinar los efectos netos conjuntos de la cohorte y la edad de entrada, las dos variables se mantienen en sus posiciones, es decir, los valores de una y otra se suman entre sí para crear un efecto conjunto sobre la probabilidad de separación de la pareja. En resumen, ésta es tanto mayor como más joven es la mujer que forma pareja, más actual es la unión y más tiempo lleva la convivencia en curso.

La tendencia a una unión cada vez más tardía, de hecho, debiera haber presionado hacia una reducción de las tasas de divorcio en la actualidad, pues el modelo imperante en todo momento dibuja una pauta en que la probabilidad de separarse se reduce exponencialmente con la edad a la formación de la pareja (gráfico 18). No obstante, el retraso de la edad a la constitución de la unión nada pudo hacer al potente efecto de la mayor presencia del divorcio como más actual es una cohorte.

GRÁFICO 18.

TASA DE EXPOSICIÓN DE SEPARACIÓN O DIVORCIO DE LA PAREJA SEGÚN LA EDAD DE FORMACIÓN (CONTROLANDO POR COHORTE, TIPO DE PAREJA Y NÚMERO DE HIJOS)



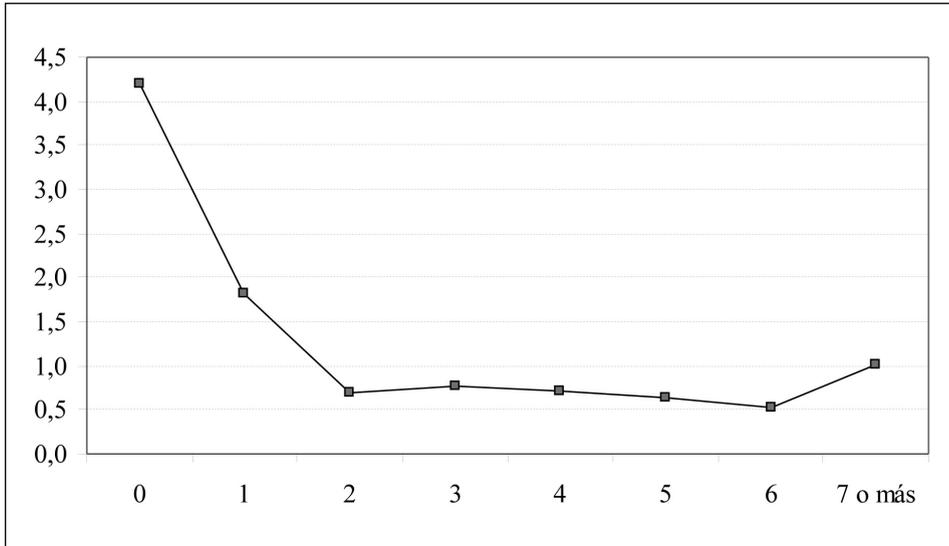
Fuente: elaboración a partir de la tabla 1.

Por otro lado, el modelo general (tabla 1) muestra que el incremento de la cohabitación actúa claramente a favor de incrementar las tasas de separación, pues la cohabitación no marital es la situación más inestable entre todas las investigadas, debido a que, una vez se controla por las otras variables del modelo (tabla 1), presenta una probabilidad de ruptura de más del doble de la de los casados. Además, la introducción de esta variable supone un cambio significativo en los coeficientes aportados por las cohortes (gráfico 17, modelo 2): se comprueba así que las tasas de divorcio hubiesen sido menores entre las cohortes formadas entre 1995 y 2006 si la cohabitación no hubiera sido un fenómeno tan abundante entre ellas, pues aunque la separación hubiera continuado incrementándose, lo hubiese hecho en mucha menor medida.

Por otro lado, tal y como se ha descrito (gráfico 15), cuanto más actual es una pareja, menor el número medio de hijos por pareja: un dato que no resulta sorprendente, pues como más antigua es una pareja, mayor el tiempo de reproducción del que se ha dispuesto. Aunque creemos que este factor temporal no explica la totalidad en la reducción de la fecundidad en el interior de la pareja, que cayó de 2,7 hijos por pareja entre las constituidas en 1960-64 a los 1,7 hijos entre las formadas en 1985-95 (aunque estamos comparando –repetimos– unas parejas que llevan entre 35 y 40 años de vida en común, con otras que llevan entre 10 y 20 años). Pero éste no es el punto que pretendemos desvelar en este apartado, sino que deseamos llegar a conocer si a mayor número de hijos, mayor probabilidad de supervivencia de la pareja. La respuesta es que la extensión en la duración de la unión es extraordinaria para las parejas que han tenido un hijo, pues la probabilidad de separarse con el primer nacimiento se reduce a más de la mitad (gráfico 19). También disminuye, incluso más (en concreto, 2,6 veces), al comparar las parejas que tienen 1 y 2 hijos (tabla 1). En conclusión, hemos de convenir que el aumento de la infecundidad entre las parejas y, en general, el decremento de la fecundidad, es un factor fuertemente asociado con el aumento de la separación o divorcio entre las parejas. Esto es cierto hasta tal punto que si se hubiese mantenido la fecundidad de las parejas, las tasas de divorcio no hubiesen experimentado ningún cambio desde los años noventa en adelante (gráfico 17, modelo 3).

GRÁFICO 19

TASA DE EXPOSICIÓN DE SEPARACIÓN O DIVORCIO DE LA PAREJA
SEGÚN NÚMERO DE HIJOS (CONTROLANDO POR EDAD DE FORMACIÓN,
COHORTE Y TIPO DE PAREJA)



Fuente: elaboración a partir de la tabla 1.

CONCLUSIONES

El calendario en la formación de parejas se ha adaptado al contexto económico de cada período temporal, no así la intensidad final del fenómeno, que está relacionada con los efectivos de cada sexo en el mercado matrimonial en cada período temporal y territorio. No creemos que la constitución de uniones homosexuales rompa con esta última conclusión, pues las mismas son muy reducidas en comparación con las heterosexuales: no obstante, éste es un tema que no se ha tratado en esta investigación, por lo que mejor no pronunciarse sobre el mismo.

Así, hemos observado con distinción cuatro tendencias históricas en España en lo que respecta a las pautas de constitución de una primera unión de convivencia. Una primera experimentada por las generaciones nacidas con anterioridad a 1930, en que la formación de la pareja fue cada vez más tardía y en que la soltería definitiva afectó en mayor medida a las mujeres que a los hombres. Estas generaciones vivieron en su transición a la adultez las duras

condiciones de la crisis económica del 29, la Guerra Civil de 1936-39 y una larga autarquía franquista que se extendió hasta finales de los cincuenta. Los tiempos variaron radicalmente para las generaciones nacidas durante el período 1936-59, pues sumaron a su relativamente escaso volumen, un desarrollo económico sin precedentes en España, del que pudo gozarse apenas quince años. La reacción de las pautas de formación de la pareja fue rápida, pues el calendario se rejuveneció cada vez más, cambiando las tornas en lo que respecta a la soltería definitiva, pues fue algo mayor entre los hombres. Pero aquellos años acabaron y la crisis económica del petróleo de 1973 conllevó un nuevo retraso en el calendario en la formación de la pareja, hasta alcanzar las generaciones nacidas a mediados de los setenta unas edades medias a la formación de la pareja muy tardías, que hicieron saltar las alarmas y a afirmar que la institución de la pareja estaba en crisis. Este golpe se percibió con nitidez en las generaciones nacidas en la segunda mitad de los cincuenta, que mostraron al principio una pauta que se preveía incluso más temprana que la anterior, pero que se ralentizó súbitamente al explotar la crisis económica. Se da también la coincidencia que estas generaciones 1956-76 fueron las más voluminosas del siglo xx en España, por lo que la teoría de los ciclos demográficos se adapta a la perfección a las pautas de formación de la pareja. Máxime cuando se ha detectado que a partir de las nacidas a mediados de los setenta, generaciones vacías a causa de la crisis de la natalidad de entonces, volvieron a adelantar el calendario, rompiendo con la tendencia de las cohortes anteriores. Si éstas hubieran continuado con una formación de la pareja cada vez más tardía, la teoría de los ciclos demográficos hubiese sido refutada, pero la misma sigue vigente: por ello, prevemos que las generaciones nacidas en los ochenta y noventa seguirán adelantando el calendario en la formación de un primer núcleo conyugal respecto a las nacidas durante el *baby-boom*.

En conclusión, cabe destacar que para todas las generaciones se ha apreciado un adelanto o retraso en el momento de formar pareja en función de su tamaño poblacional mediatizado por las circunstancias vividas en cada momento, pero que ninguna de ellas ha mostrado un rechazo a la pareja como modelo de convivencia residencial, al menos en la etapa de transición entre la juventud y el mundo adulto.

Por otra parte, el modelo que vincula el nivel de instrucción con la formación de la pareja presenta una clara división por género: mientras que entre las mujeres, cuanto mayor es el grado educativo, más tardía es la unión y mayor su soltería; entre los hombres, un nivel de instrucción más elevado está asociado con un calendario más tardío, pero no afecta para nada a la intensidad final. Este modelo ayudó a que las generaciones nacidas a finales

de los cuarenta y principios de los cincuenta –que aún no habían entrado masivamente en la universidad– adelantaran el momento de formar pareja hasta escenarios extraordinariamente tempranos, muy en especial entre las mujeres. De la misma forma cabe afirmar que el masivo acceso a la educación de las generaciones nacidas en los sesenta ha estado muy relacionado con el dramático retraso en su edad de entrada en pareja, pues el modelo no ha variado en demasía (de manera que las universitarias continúan formando pareja menos y más tarde que las de menor nivel de instrucción), por lo que acceder a la universidad está asociado a incrementar la probabilidad de estar sin formar pareja y, de formarla, de hacerlo mucho más tardíamente. Con todo, nada de ello fue paralelo a la aparición de modelos culturales de convivencia ajenos a la pareja por ejemplo, la coresidencia en grupos de amigos), sino a posponer largamente la emancipación del domicilio parental, lo que ha dado lugar a acusaciones a la juventud nacida durante este período de estar utilizando los recursos educativos únicamente como excusa para no irse nunca de casa.

Somos conscientes de que muchos puntos en este análisis han sido sólo esbozados, pero que requerirían por sí mismos de un análisis más en profundidad. Un claro ejemplo de ello es el análisis territorial, que si bien ha presentado un mapa de la distribución provincial en la explosión de matrimonios y rejuvenecimientos de la entrada en pareja que tuvo lugar en España fundamentalmente durante los años sesenta y primeros setenta, sólo ha podido describir patrones generales, sin entrar en profundidad en una explicación de los mismos. De esta manera, hemos visto que cada provincia se sitúa en una línea que va desde la unión más temprana e intensa a la más retrasada y débil, localizándose en general en una posición distinta el patrón masculino del femenino, lo que apunta a claros desequilibrios en el mercado matrimonial a escala provincial. Aunque se han descrito algunas pautas generales y especulado sobre la relación entre los desequilibrios en el mercado matrimonial y la diferencia en la formación de la pareja de hombres y mujeres, sería necesario un análisis con metodología multinivel para incorporar en el modelo explicativo las variables agregadas correspondientes a las diferentes provincias. Sólo quisiéramos hacer mención a algunas de las hipótesis planteadas. En primer lugar, los desequilibrios en el mercado matrimonial parecen remitirse en especial a la migración (pues se infiere que faltan mujeres donde éstas migraron y lo mismo acaecería donde faltan varones). Por ello, en segundo lugar, las variables socioeconómicas deberían estudiarse para aquellas provincias en donde la pauta fue similar entre hombres y mujeres y no se observó un desequilibrio en el mercado matrimonial por género.

Para concluir este trabajo nos hemos introducido en el análisis de la duración de la pareja en España, distinguiendo si la disolución de la misma –si la había habido– fue provocada por la viudedad o por el divorcio o separación. Mientras que en el primer caso, la evolución ha sido provocada por el efecto del aumento de la longevidad sobre la población, en el segundo se trata de un tema claramente social. Así, la viudedad femenina es superior a la masculina, a causa de la mortalidad diferencial por sexo: podemos estimar que bajo las condiciones actuales, si el matrimonio fuera hasta que la muerte lo separara, cumplirían las bodas de plata un 89% de las mujeres y un 95% de los varones. Si no es así es por la presencia cada vez más importante de la separación o divorcio, pues la probabilidad de ruptura de la pareja está en función del tiempo de convivencia –por un lado– y del período en que la pareja se formó –por otro–, de manera que la separación está mucho más presente como más actual es el momento en que se produjo la unión y cuanto más tiempo se lleva viviendo juntos. Pero hemos desvelado otros muchos factores que facilitan o dificultan la separación o divorcio (sin agotar –ni mucho menos– los factores explicativos, sino considerando los más efectivos). Llegados a este punto también nos encontramos con la imposibilidad de inferir relaciones de causa efecto sobre las asociaciones establecidas: ciertamente, el unirse joven, el escoger el camino de la cohabitación no marital y el no tener o tener poca descendencia son tres factores fuertemente asociados a una alta probabilidad de ruptura de la pareja, pero bien pudiera ser que quien forma una pareja con estas características fuera porque supone a priori que la misma va a tener una duración limitada, considerándose tal vez demasiado joven para la transición definitiva al mundo adulto a través de la formación familiar que conlleva el matrimonio y la fecundidad.

Recibido: 29/06/2009

Aceptado: 17/11/2009

BIBLIOGRAFÍA

- Arango, J. (1994): “La mordenización demográfica de la sociedad española”, en Nadal, J., Carreras, A., Sudriá, C. (compiladores), *La economía española en el siglo xx. Una perspectiva histórica*, págs. 201-236, Barcelona, Editorial Ariel, Colección Ariel Historia.
- Becker, G. (1981): *Tratado sobre la familia*, Madrid, Alianza Editorial.
- Blake, J. (1969): “Intervención de los padres, matrimonio tardío y política demográfica”, en *Conferencia Mundial de la Población 1965*, Naciones Unidas, Nueva York, vol. II, pp. 129-134.

- Blosfeld, P., Golsch, K. y Rohwer, G. (2007): *Event History Analysis with Stata*, London, Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- Carlson, E. (2008): *The Lucky Few. Between the Greatest Generation and the Baby Boom*, Florida, Springer.
- Carreras, A. (1988): "La renta y la riqueza", en Carreras, A. (ed.), *Introducción a las fuentes estadísticas de la historia de la España Contemporánea*, Madrid, Banco Exterior de España.
- Clark, C. (1949): "Age at Marriage and Marital Fertility", en *Population Studies*, II, 4, pp. 413-426.
- Easterlin, R. (1987): *Birth and Fortune: The Impact of Numbers on Personal Welfare*, Chicago, Chicago University Press.
- Garrido, L. (1992): *Las dos biografías de la mujer en España*, Madrid, Instituto de la Mujer, Ministerio de Asuntos sociales.
- Hajnal, J. (1965): "European Marriage Patterns in Perspective", en *Population in History*, Glass, D. V. y Eversley, D. E. V. (eds.), Londres, Edward Arnold, pp. 101-143.
- Houle, R., Simó, C., Solsona, M. y Treviño, R. (1999): "Análisis biográfico del divorcio en España", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n. 88 (octubre-diciembre).
- Laslett, P. (1988): *The World We Have Lost-further explored*, London, Routledge.
- Miret, P. (2008): "¿Han cambiado los comportamientos respecto al tamaño de la familia en España? Análisis de la fecundidad por orden de nacimiento de 1975 a 2005", *Sistema, Revista de Ciencias Sociales*, n. 202.
- Modell, J. y Fastenberg, F.: "The Timing of Marriage in the Transition to Adulthood: continuity and Change, 1860-1975", en Demos, D. y Spence, S. (eds.), *Turning Points. Historical and Sociological Essays on the Family*, Chicago, Suplemento de la American Journal of Sociology, Volumen 84, The University of Chicago Press, pp. S120-S150.
- Wrigley, E. A. y Schofield, R. S. (1981): *The Population History of England, 1541-1871: a reconstruction*, London, Edward Arnold.

RESUMEN

El objetivo del trabajo es mostrar la evolución histórica de las pautas longitudinales de formación y disolución de la pareja en España, y dibujar la heterogeneidad territorial de las mismas. Se observa así que la estabilidad es la excepción a la regla del continuo cambio: las generaciones han retrasado y adelantado cíclicamente su calendario de entrada en pareja, adaptándose siempre a las circunstancias del período vivido, y sin variaciones significativas en la intensidad final, la cual ha respondido a desequilibrios en el mercado matrimonial y no a ninguna revolución cultural en contra de la pareja como institución social de convivencia. Se muestra también un evidente modelo de género en la relación del nivel de instrucción y formación de la pareja. El artículo termina con las pautas de disolución de la pareja por viudedad o divorcio,

presentando el aumento contemporáneo en el divorcio y enunciando algunos factores que se encuentran asociados con éste.

PALABRAS CLAVE: pareja; nupcialidad; cohabitación; viudedad; divorcio; España; provincias.

ABSTRACT

The goal of this work is to show the historical evolution in longitudinal patterns in partnership formation and dissolution in Spain, and to graph its regional heterogeneity. It has become clear that stability is not the rule but the exception in a trend of continuous change. Birth cohorts have continuously delayed or moved forward its timing in partnership entrance, adapted to historical circumstances. Moreover, partnership prevalence responds to the unbalance in the marriage market and, therefore, it would not be related to any cultural revolution against the couple as a social institution for cohabitation. We find as well evidence for a gendered model in the relationship between educational attainment and partnership formation. The paper ends with the analysis in partnership dissolution patterns through widowhood and divorce, showing the actual increase in divorce and some factors that are likely to be associated with this trend.

KEY WORDS: partnership; nuptiality; cohabitation; widowhood; divorce; Spain; provinces.

RÉSUMÉ

L'objectif du travail est de mettre en avant l'évolution historique des régularités longitudinales dans la formation et la dissolution du couple en Espagne, et en dessiner l'hétérogénéité territoriale. Ainsi on observe que la stabilité est l'unique exception à la règle du changement continu qui se produit: les générations ont retardé et avancé cycliquement leur calendrier pour former un couple, en s'adaptant constamment aux circonstances de la période vécue, et sans variations significatives en ce qui concerne l'intensité finale, laquelle a répondu à des déséquilibres au sein du marché matrimonial mais il ne s'agit en aucun cas d'une révolution culturelle contre le couple en tant qu'institution sociale. En ce qui concerne la relation au niveau d'instruction et la formation du couple on souligne l'existence évidente d'un modèle de genre. La fin de l'article présente les règles de dissolution du couple, causée par le veuvage ou le divorce, en expliquant l'augmentation contemporaine du divorce et en énonçant quelques facteurs qui y sont associés.

MOTS CLÉS: couple; nuptialité; cohabitación; veuvage; divorce; Espagne; provincias.